

La pesca del calamar

Cada noche que salgo a pescar calamares en la barca de Vicente, le espero en una taberna del puerto. Tengo delante las gambas rojas y la jarra de cerveza; me envuelve el rumor del mar mezclado con las conversaciones de otros parroquianos. Hoy, más que conversaciones, son gritos porque hay partido Barça – Atleti, la final de la Copa del Rey. Yo callo, soy del Atleti.

Tengo 70 años, hace 40 que llegué aquí. Por mi pelo abundan ya las canas; un pelo que siempre fue abundante, y que, desde muy joven, dejó alargarse por mi cuello y mi espalda; mi cara afilada hace juego con la nariz griega que heredé de mi padre y se ajusta a la delgadez de mi cuerpo.

No fue fácil crecer en una familia media de provincias siendo el cuarto de seis hijos. Mi padre médico, conocido y apreciado por la entrega a su profesión; mi madre ama de casa, dedicada al bienestar de su familia, ayudada por chicas de servicio que le aligeraban esa carga: un modelo nacional-católico de posguerra. Tampoco fue fácil ir al colegio de curas, porque no me gustaban los curas ni mis compañeros, que me veían raro por no jugar al fútbol. Me aburrían las clases de Religión, Historia y Lengua. Lo mío eran las Matemáticas; en ellas brillaba, imaginaba e iba más allá de lo que Don Gervasio, el profesor ceñudo y desagradable, me exigía. Le daba vueltas a los problemas y los volvía del revés; a Don Gervasio no le gustaba, pero le sorprendía. Los domingos había obligaciones ineludibles: misa de 12,00 en San Pedro, y paseo por la Alameda, donde saludábamos a amigos y conocidos, es decir, a casi todo el mundo, con parada en el quiosco-bar para tomar el vermut los padres, y compartir, los hijos, una gaseosa. Desde entonces, no he vuelto a probar ninguna bebida azucarada con burbujas. No tuve una infancia feliz.

Vicente se retrasa, hasta que no termine el partido no aparecerá. Oyendo cómo suena cada goooooool, tengo la certeza de que el Atleti está perdiendo. ¿Cómo me hice atlético si nací entre madridistas? Mientras espero, el mar va tiñéndose del malva que anuncia la llegada de una noche despejada y suave. Sigo viajando a mi infancia, es algo recurrente desde el inicio de este extraño verano, aunque para mí, verano, ya no signifique cambios radicales. Desde mi jubilación, camino cerca del mar y me baño, incluso en invierno. Sólo la Tramontana me paraliza en el sillón, con un libro, delante del inmenso ventanal al mar de mi casa.

Recuerdo ahora los veranos en el pueblo de mi madre. Más adelante, y mientras vivieron mis abuelos, cada año iba allí a pasar unos días de otoño, porque siempre nos unió un cariño muy especial, sobre todo con mi abuelo que era hombre serio y de pocas palabras; me reconfortaban sus silencios en los tiempos complicados de la adolescencia, cuando mi vida estaba revuelta y el

desasosiego me ahogaba; esos silencios parecían hablarme de comprensión y templanza, para transitar despacio entre tanta incertidumbre.

Me cansé de la vida aburrida de mi familia; de una novia perfecta que dejó de producirme chispas en el estómago; de esa ciudad de Castilla en la que nunca ocurría nada, y de una España que empezaba a desperezarse, pero lo hacía sin brillo y con cainismo. Eso sí, el cansancio me sobrevino después de haber colmado los deseos paternos de ser Ingeniero. Saqué mi carrera y decidí viajar antes de “sentar la cabeza” y empezar a trabajar. La excusa fue el inglés; lo llamé “años sabáticos para el inglés”.

Tres años de camarero en Londres resultaron los mejores de mi corta vida; un mundo nuevo se abrió ante mí: Hair, los Rollings, los Beatles, Janis Joplin, Jimy Hendrix, Elthon Jones, el mayo francés...; descubrir a James Joyce, a Dylan Thomas, George Eliot, Henry Miller, resultó un revulsivo, y bebí desordenada, pero felizmente, de todo. Viajé a Dublín y paseé por el escenario del complicado *Ulises*; a Gales para visitar la tumba de Thomas. Descubrí a García Márquez, Marsé, J. R. Jiménez, Cernuda, García Lorca, Tolstoy, Galdós, Cortázar..., y leí por primera vez *El Quijote*. Me enamoré de La Maga y de Sancho Panza.

A mi vuelta, busqué trabajo de profesor cerca del Mediterráneo. Deseaba el sur, pero la oportunidad llegó en el centro de FP de Sant Felui de Guixols, un pueblo de la Costa Brava del que nunca había oído hablar. Descubrí un Londres en miniatura: músicos, pintores, escritores, conciertos y tertulias, me asombraron. Sin embargo, la acogida en el trabajo no fue cordial. Un grupo de profesores nacidos allí no me facilitaron la integración; sentirse catalán, hablar catalán, y haber estado desde el origen en ese centro, eran los tres elementos que les diferenciaban frente a intrusos castellanos.

Y me crucé allí con quien sería el amor de mi vida: Mario, un pintor algo mayor que yo, que nunca se había planteado sus tendencias sexuales, como tampoco lo había hecho yo. Descubrimos juntos nuestra homosexualidad; no fue un camino fácil. Nos conocimos en una exposición local de su pintura en el casino de estilo neoráabe, centro de la vida cultural de la ciudad. No fue un flechazo, no. Fueron tiempos de largas conversaciones y paseos por el mar, en los que muy lentamente desgranábamos nuestras vidas y acercábamos nuestras almas perdidas y ansiosas de felicidad.

Mario estaba casado y tenía un hijo pequeño. Su vida en pareja le había proporcionado estabilidad emocional y económica para dedicarse a su pasión: pintar. No era un matrimonio demasiado feliz, pero parecía llenar ese hueco mudo, pero insistente, que a cierta edad, en la década de los treinta, crece a la altura del estómago sin que apenas nos demos cuenta, y nos empuja a tener una vida diseñada para evitar sobresaltos. Conocerme le empujó, nos empujó, en sentido contrario; una revolución de ocres y verdes invadió nuestras

palabras y nuestras horas. Vibraban nuestros cuerpos a un ritmo trepidante, desconocido y desbocado, mientras sentíamos como nuestras almas se teñían de todos los colores posibles; la inquietud sobrevolaba a nuestro alrededor incesantemente, no nos reconocíamos.

Revivo aquel sábado en que dejamos libres nuestros cuerpos. El lugar, sencillamente paradisíaco, Cala Estreta. Para llegar allí caminamos entre pinos; había llovido, la humedad y el aroma que desprendía el pinar, mezclado con el sonido del mar inminente, embriagó la conversación; la piel de nuestros cuerpos brillaba al ritmo de la luz que los pinos filtraban. Fue fácil, nos dejamos llevar; nos descubrimos más allá del deseo, nos asombramos de un placer desconocido e intenso. Ese mismo deseo, placer y asombro que nos acompañó el resto de nuestra vida.

Diseñamos minuciosamente nuestra casa pegada al mar; nada quedó al azar. Los espacios comunes estaban impregnados de complementariedad: música, pinturas y libros llenaban las escasas paredes que no tenían al mar de protagonista. Los viajes fueron otra de nuestras señas de identidad: recorrimos países y lugares que llevábamos anidados en las entrañas, con la calma de quien sabe que nada ni nadie le espera en ningún sitio, salvo la belleza, el entusiasmo y la sorpresa para pasear un amor prodigioso por el mundo.

El dolor también nos acompañó: la aceptación del entorno. Corrían los años ochenta y aún habrían de pasar más de treinta para poder casarnos. La vida se iluminaba y oscurecía a ritmos incontrolables y ásperos, porque la biempensante burguesía catalana, no resultaba ser tan abierta como predicaba. Comentarios, exclusiones, ausencias, jalonaron demasiados momentos y los oscurecieron: la celebración del éxito en mis oposiciones; las sucesivas exposiciones de Mario; la boda de su hijo, y el nacimiento de sus dos nietos..., fueron momentos que no pudimos compartir. Yo me sentía raro y excluido, Mario menos, porque su carácter intimista le hacía ver desde otra óptica ese tipo de acontecimientos, y valorarlos desde lo que sólo a nosotros concernía.

La reciente muerte de Mario, inesperada y repentina, me ha sumido en un estado indescriptible; no puedo ver sus pinturas, ni su ropa, ni soportar el olor de sus cosas; tampoco recorrer su querido, nuestro querido, Ampurdán. No puedo esconderme en el mar, en nuestro mar, porque un impulso ciego me empuja a dejarme llevar hacia dentro, a su encuentro.

Sigo esperando a Vicente, ya es casi noche cerrada. El Barca ha ganado 3-2: el Atleti ha mantenido la dignidad. Vicente aparecerá pronto. La noche está tranquila, brilla la luna llena. En unos días llega San Juan: hogueras, bailes, música... Pero a Vicente y a mí lo que de verdad nos interesa es la pesca del calamar; para los dos, la mejor belleza es la espera tranquila en la barca; lo sé

desde la primera vez que me invitó a pescar con él. Aquella noche también había una inmensa luna llena.

¡Veo a Vicente! Voy a su encuentro haciéndole el signo de victoria. Todo augura que esta noche pescaremos más de diez calamares.

SOSIEGO